

Claudio Martinez Paiva

## Que me Perdone la Ciencia

### Poema original:

Estoy solito en mi rancho,  
me he quedado solo en casa.  
Ladran los perros afuera  
como si vieran fantasmas,  
y alumbran mis pensamientos  
candiles de luces malas.

Alones de pájaros negros  
me ponen luto en las mangas,  
y es tan grande el sufrimiento  
que voy llevando en el alma  
que no lo explican las cosas,  
ni lo dicen las palabras.

Ocho años tenía apenas  
el gurisito de mi alma  
y despertó una mañana  
con los ojos encendidos  
y el cuerpito echando llamas.  
–Me muero mama– decía...  
–Me muero tata– gritaba.  
–Siento una sed de martirio,  
tengo un fuego que me abraza.–

Besé al cachorro en la frente  
y a la madre en la mirada,  
y volé en mi caballo al pueblo  
siete leguas de distancia,  
siete puñales de punta  
clavados en mi garganta,  
y el grito de mi hijo adentro...  
“Agua mama, agua tata”.

Le expliqué al doctor el caso.  
Se acomodó en su butaca.  
Me miró de arriba abajo  
y me dijo: –Leoncio, ¡lo siento mucho!

Pero el camino que va a tu rancho es malo  
y me va a estropear el auto.

Ahí comprendí yo, entonces  
que la ciencia, no es tan ciencia  
cuando no tiene conciencia.  
¡Porque en esos mismos caminos  
donde muchos médicos no andan,  
cruza a galopes la muerte  
y va y viene la desgracia!

Me ordenó que le comprara  
al pasar por la botica  
un frasco de limonada  
y que trajese al enfermo  
cuando la fiebre pasara.  
Yo regresé a mi rancho  
como regresaría todo padre  
en iguales circunstancias:  
El corazón en los labios  
y la tristeza en el alma.  
El médico no venía... el médico no venía  
no porque fuera mala la senda que va a mi rancho  
sino porque no tenía con qué pagarle a la ciencia  
siete leguas, ¡siete leguas de distancia!

La fiebre, duró poquito,  
se le cortó una mañana  
entre un canto de zorzales  
y el suave clarear del alba.  
La madre abrazada al hijo,  
mi hijo, la frente helada.  
Y yo sin voz ni presencia  
parado junto a la cama.

Poco después de enterrarlo  
se empezó a turbar mi Juana,  
Se la pasaba llorando  
con las manos sobre el pecho  
lo mismo que si acunara  
a un niño recién dormido.  
Y así se me fue la pobre,  
así la tierra la guarda,  
con los brazos sobre el pecho  
acunando mi desgracia.

Estoy solito en mi rancho,  
me he quedado solo en casa.  
Ladran los perros afuera  
como si vieran fantasmas.  
Y alumbran mis pensamientos  
candiles de luces malas.  
Y afilo a la media noche  
mi cuchillo, cabo de plata  
la única plata del pobre  
que no le sirve pa nada.

Y medito mi venganza.  
Por eso le grito al mundo:  
Que me perdone la ciencia,  
no me culpen si mañana,  
me dicen que soy bandido.  
o un mal hombre sin entrañas.  
Nací can y me hacen puma.  
fui cordero y me ponen garras.  
¡Dios! ¡Dios Todopoderoso!  
Haz que despunte el alba  
y arráncame de mi pecho  
este grito, este grito que me mata:  
- "Agua mama, agua... agua tata".